

# El puercoespín

1.

Colmado  
de hierbas, henchido de manzanas  
silvestres, a reventar de fibra y savia, inflado  
de adelfas, amentos de chopo, retoños  
de álamo y alerce,  
el puercoespín  
rebota y arrastra su última merienda  
entre el hielo y el lodo, entre rosas y solidagos,  
hacia el alto rastrojal.

2.

De carácter  
se asemeja a nosotros en siete formas:  
deja su huella en las letrinas,  
se transforma bajo la luz de luna,  
caga a las carreras,  
utiliza la cola para trepar,  
se ríe entre dientes cuando tiene miedo,  
se engenta si hay más de uno como él en cinco acres,  
sus ojos tienen su propio interior rojizo.

3.

Excavador  
de pasajes subterráneos, de reticencias  
bajo umbrales, de  
huellas de terror  
sobre puertas o marcos de ventanas, destazaría  
el mundo,  
lo ahuecaría, nos extirparía de él,  
hasta que no quedara nada, si es que eso  
pudiera librarlo de todo nuestro empeño y patetismo.

Adorador de las hachas  
impregnadas de grano, de los brazos  
de sillas reclinables, de objetos  
hechos a mano,  
remojados en el jugo de los dedos,  
de superficies salpicadas  
con grasa del puño y aceite de los codos,  
de pinzas  
que han sujetado nuestros harapos por la axila  
[o la entrepierna...

Impávido –aburrido–  
ante el girar de las estrellas, *estas*  
lo asombran, ¡ángel  
ultrarrilkeano!,

para quien la verdadera  
porción de dulzura en el mundo es uno de esos  
trozos  
pesados, centelleantes, convulsos,  
de agua salina  
que caen por los despeñaderos del rostro humano.

4.

Un granjero disparó tres veces a un puercoespín  
mientras dormía en la rama de un árbol. En  
la caída se rasgó el vientre  
con una rama  
rota, se le engancharon las tripas  
y siguió cayendo. En el suelo,  
se levantó de un salto

y ofreciendo las entrañas se arrastró  
y tambaleó a lo largo de cien pies de solidagos  
antes  
del vacío súbito.

5.  
El Avesta  
condena a quien mata un puercoespín  
a nueve generaciones en el infierno, y lo sentencia  
a roer el corazón de su prójimo en busca  
de la sal del deseo.

Ruedo  
de un lado a otro en esta gran cama, bajo  
la colcha  
cuyos parches imitan este país de granjas y bosques  
[fracturados,  
la funda grasienta del hombre  
se disuelve,  
las púas hirientes se enderezan, florecen hacia afuera  
—erizo holgazán flechado, de ojos enrojecidos  
[y duros dientes,  
desparramando plumas del colchón,  
aguijoneando  
a la mujer que tengo a mi lado hasta oírla gemir.

6.  
También yo  
me he agachado, las púas erguidas,  
san  
Sebastián del

corazón aterrado, y me han  
batido a muerte con un garrote  
en el hocico desnudo.  
También he caído desde lo alto,  
he huido, he  
corrido  
por campos de solidagos,  
despavorido, buscando un hogar,  
y entre las flores  
he llegado a mí, vacío, la cuerda  
tendida tras mis pasos  
bajo el sol de otoño,  
repentinamente glorificado por toda mi sangre.

7.  
Y esta noche merodeo en la pradera invernal,  
[el cráneo  
roto o hueco como un  
huevo sorbido, riendo para mí en silencio, molde  
vacío de mí mismo, arrastrando  
un vientre muerto de hambre a través de acres  
[de flores fantasmales,  
donde la bardana pierde el arca de su semilla  
y el cardo sostiene en alto sus capullos  
[desvanecidos  
y los rosales frotan sus ramas muertas en el viento  
para avivar el fuego abrupto  
de las rosas.

*Versión de Valeria Luiselli*